



Autoridad. Acción y autonomía *

María Aleu y Estanislao Antelo

1- Acción

¿Por qué sujetarse a la autoridad en un mundo que premia la autonomía, la iniciativa, el emprendimiento, la competencia técnica, y el pasaje a la acción? ¿Por qué dejarse guiar en un mundo que condena la inacción, la incompetencia, la apatía, la inhibición y la dependencia?

¿Por qué los niños y jóvenes que habitan nuestras escuelas deberían refrenarse, someterse, doblegarse o inmovilizarse, cuando anhelamos exactamente lo contrario: incentivarlos, estimularlos, motivarlos, hacerlos capaces y competentes?

Dios está de paro. Ese es el rumor que se escucha a toda hora. Todo está permitido y eso parece ser una auténtica tragedia. A causa de la renuencia del Sr. a proseguir con su trabajo, todo parece estar perdido y hacen falta retornos, volveres, restauraciones, presencias. Es ahí donde se acostumbra a situar *la autoridad*, primera en la lista de objetos perdidos. Retornos de valores, manos duras, límites y leyes. Retornos al viejo orden, a la vieja disciplina de la vieja escuela, a los viejos principios, a los viejos ayeres, y al viejo y respetuoso respeto. Restauraciones de la asimetría que separa maestros de alumnos y que a causa de la excedida democracia, se ha degradado... Porque según dicen, todo se degrada. Y por último, presencias: de los padres, de las autoridades, de los amos, en fin, de alguien que venga a poner un poco de orden.

Sabemos que estos reclamos se manifiestan con honda preocupación. Se escriben libros trágicos, se piden cabezas, se señala con el dedo. Es el vocabulario básico sobre la autoridad. Vocabulario básico, complaciente y fútil. La perorata restauradora que a toda hora nos embarga, choca con la misma piedra: el mundo que condenamos es el que alegremente fabricamos. Despreciamos nuestra simiente, aquello que, solícitos, hemos ayudado a nacer. Les dijimos a los nuevos que sólo tenían que hacerlo y lo hicieron. Los retoños, que se resisten a la domesticación, son nuestro más despreciado tesoro.

Podemos entonces lanzar al ruedo renovadas escatologías. El fin del mundo, el desenfreno del libre albedrío, el caos, la definitiva corrosión, *The End*. Podemos resignarnos a las nuevas reglas, porque es totalmente falso afirmar que no hay más reglas, límites y autoridades. Podemos activamente disfrutar de la nueva y atlética consigna: el límite lo ponés vos. Pero además podemos pensar.

Sólo se tiene autoridad sobre lo que puede reaccionar. La autoridad supone la posibilidad de una oposición y la renuncia consciente y voluntaria a la realización de esa posibilidad. Si no existe la posibilidad de reaccionar no hay autoridad. La definición (que es de Alexandre Kòjeve) toca el meollo de la cuestión. La autoridad es una relación social y en esa relación, voluntariamente, una de las partes suspende la acción. El ejemplo que da el filósofo ruso tenía que ser escolar; el dedo que señala la puerta y la consabida frase: *se va inmediatamente de acá...* Y el otro se va, sin chistar o a

regañadientes, increíblemente, pudiendo no irse, se va. Con frecuencia olvidamos que se puede reaccionar. Es lo que hace *Facundo*. Reacciona y le propina feroz golpiza a su maestro. Facundo el primitivo desenfrenado que está en y entre nosotros.

No hay Autoridad cuando hay fuerza bruta.
No existe Autoridad no reconocida. Toda Autoridad es legítima.
Para tener autoridad no hay que hacer nada.

Esas son las coordenadas elementales sobre la autoridad cuyo estudio puede ofrecer otro destino que la degradación y el fin del mundo. La brevedad que se nos ha solicitado impide la paciencia argumental pero digamos que la novedad consiste en la omnipresencia de una patología que administra nuestros actos: la *patología de la acción* que es también patología del *espacio público*.

Estudiada por Alain Ehrenberg en su instructivo libro denominado *La fatiga de ser uno mismo*, nos enseña, sin miramientos, la constancia del exceso en las ciudades en las que vivimos. El imperativo es el tu puedes. Sólo hazlo. Es en esa ruta donde localizamos y explicamos los problemas escolares ligados al movimiento: hiperactividad o inacción. Nos sorprende que los niños enfermen de movimiento al mismo tiempo que los exhortamos a moverse. Patología de la acción que nos recuerda a cada instante el esfuerzo enorme que la vida en comunidad requiere. Los viejos entrenan a los nuevos en el arte de soportar lo que no se comprende y en la renuncia voluntaria al exterminio. Uno aprende a lidiar con la perturbación de lo que se aproxima demasiado. Eso se llama ser educado. Un educado es el que deliberadamente se deja guiar. Es el que practica diversas formas de la renuncia. Practica la autocoacción pudiendo no hacerlo. Se deja amansar. Pero hay cada vez menos de esto. Este mundo regala surtidos de monos primitivos, sin coto. Nos sorprende que una madre entre a una escuela y acabe con las carótidas de una maestra al mismo tiempo que la invitamos a pasar a la acción; pase señora, opine, diga, participe, escrache. Nos sorprende el estallido recurrente al mismo tiempo que, complacientes, disfrutamos y elogiamos diversos estallidos por venir. Nos sorprende el desenfreno al mismo tiempo que elogiamos las capacidades y el aguante. El programa básico para vivir en comunidad se ha vuelto extraño.

Sabemos que la calma, la espera y el refrenamiento fueron el remedio educativo para esa tendencia, indestructible en la cría sapiens, a la indocilidad. La educación, esa sujeción primordial, hubo de ser suficientemente efectiva a la hora de amansar a las criaturas. Todo quiere indicar que ya no funciona. Los exacerbados y excesivos no son sólo niños y jóvenes. Ellos, como ha sido desde siempre, siguen a tientas nuestras instrucciones. Los promotores de lo que despreciamos somos nosotros, adultos. En educación la responsabilidad es siempre adulta y es por eso que una educación acaba cuando el otro puede responder por sus actos. Se puede ser un exceso viviente, pero eso tiene un precio.

Y en lugar de mandar las autoridades escolares (que renuncian a presentarse como autoridades y prefieren ser denominados *gestores*) tienen una modesta obsesión: que no pase nada. Lo mejor es no hacer nada. Se celebra que no pase nada. Una buena gestión es la que tiene menos siniestros. Como decía una directora en voz baja, en una reunión sobre la violencia escolar: nosotras (las directoras) tenemos nuestras casas como *Bien de familia*. Y eso es todo.

¿Dónde habremos de encontrar las fuerzas capaces de enfrentarse al desenfreno que activamente (muchas veces en las escuelas pero no sólo en las escuelas) hemos promovido? ¿En las escuelas?

2- Autonomía

Hoy en día la dependencia parece ser algo de lo que uno no debería enorgullecerse. Es lo que March le reprocha a Homero Simpson cuando en un intento por salvar su matrimonio él le confiesa: “ya sé qué es lo que tengo para darte y que ningún otro podría, *mi total y absoluta dependencia*”. Pero no siempre la dependencia fue considerada una experiencia humillante, sobre todo porque no se presentaba como una responsabilidad de los sujetos. Uno era, por así decirlo, lo que le tocaba en suerte: rey, emperador, maestro o preceptor.

La autonomía parece ser (*o haber sido*) el hechizo de la modernidad, su encanto. Era la promesa que llegaría en principio con el simple paso del tiempo, con volverse adultos, y en la que la escuela desempeñó un lugar fundamental. Una promesa asentada en el extraño supuesto de que el sometimiento consentido de los alumnos a valores y reglas canónicas los convertiría en hombres libres.

Quizás, la lucha por liberarse, por emanciparse de las ataduras que constreñían la libertad de los individuos parece haber triunfado y la estabilidad y seguridad que brindaban las normas, ceden ante otras que incitan a cada uno a la iniciativa individual, volviéndolos únicos responsables de sus actos y sobre todo, de sus elecciones.

Pero se trata más de una libertad individual *concedida* que *conquistada*. De la abundancia de individuos sujetos (atados, amarrados) a los efectos de sus propias decisiones, de individuos que deben autorregularse, autodirigidos, auto programables, autogobernados. Se trata de lo que algunos describen como *procesos de individualización de la acción*, de la desregulación y privatización de las tareas y responsabilidades de la modernización, de la ineficiencia de las leyes y tradiciones para explicar y predecir el resultado de lo que somos y las consecuencias de lo que hacemos. Somos propietarios de nosotros mismos. ¿Qué lugar tiene la autoridad en un mundo que celebra la autonomía y sus derivados?

En una sociedad de individuos la autoridad ya no manda, se trata mas bien de múltiples autoridades que no logran conservar su lugar por mucho tiempo, de múltiples referentes que son juzgados con un único parámetro relativo y cambiante: el que construye uno mismo, el del individuo soberano. Lo que parece reinar son autoridades autónomas, individuos exitosos en el dominio de sí mismos que practican diariamente el ejercicio del desapego, militantes incasables de la lucha contra la dependencia. Como señala Richard Sennett, se trata de una de las formas del poder moderno, de un poder sin protección, de figuras de autoridad que no pretenden cuidar de nadie. De sujetos capaces de juzgar con calma y distancia a otras personas, sencillamente porque no buscan desesperados su aprobación.

La autonomía y el dominio de sí inspiran respeto, engendran una fuerza que tiende a intimidar y fascinar a los demás y los coloca en una situación de sumisión voluntaria. Los jefes contemporáneos son jefes no jefes, jefes sin jerarquías, mandones sin mando, gente como uno. La Autoridad es el coach, emprendedor y motivador, autónomo hiperactivo, las 24 hs. Gente móvil ocupada haciendo cosas relevantes que

se jacta de estar más cerca de la realidad y cuya actividad principal es la *reunión*. Autoridades que no dan ordenes sino que ejercen influencia, que coordinan, gestionan y practican una política impersonal, que demuestran hasta que punto están en dominio de sí mismos mediante dosis de indiferencia hacia los otros. Sujetos que parecen no precisar aferrarse ni depender de otros, o mejor dicho, no hacerse historia con nada ni con nadie.

Sujetos autónomos, librados a su propia ley, escuelas que promueven la autonomía, que exhortan a sus alumnos hacia la independencia pero que al mismo tiempo insisten en trabajar sobre la comprensión, la importancia del vínculo y el respeto por la diversidad. La escuela se encuentra cuanto menos, en un terreno ambiguo.

La pregunta es ¿qué puede hacer la escuela para que su pretensión de formar sujetos críticos y autónomos no clausure su intento de establecer vínculos, de enlazar a viejos y nuevos? ¿Cómo lidiar diariamente en las escuelas con sujetos independientes, autónomos, auto-regulados? ¿Será la promoción del par acción-autonomía la solución?

* Un texto similar apareció publicado en la Revista 12Entes.
http://www.12ntes.com/?page_id=48

Referencias Bibliográficas

EHRENBERG, Alain (2000) **La fatiga de ser uno mismo. Depresión y sociedad**. Bs. As: Nueva Visión.
KÒJEVE, Alexandre (2005) **La noción de autoridad**. Buenos Aires. Nueva Visión.
SENNETT, Richard (1983) **La autoridad**. Madrid: Alianza